

EL NIÑO QUE JUGÓ CON LA LUNA

Hace mucho tiempo, casi, casi un siglo, en un lugar muy lejos de aquí, vivía un niño que se llamaba Jesús, aunque sus padres siempre le llamaban Chucho y así, con este nombre, lo conocían todos, tanto en su familia como fuera de ella.

Chucho vivía en una casa muy bonita, que estaba alejada del pueblo, podríamos decir que vivía en el campo. El problema que tenía Chucho, es que como no tenía hermanos, se encontraba un poco solo. Le hubiera gustado que cerca de su casa vivieran otros niños para jugar con ellos. En aquel momento Chucho tenía cinco años pero ya le faltaba muy poquito para cumplir los seis y entonces ya podría ir a la escuela y así poder jugar en el recreo con sus compañeros. Él lo estaba deseando.

Muy cerca de la casa de Chucho, vivía una señora. “La señora Felipa”, que tenía un corral muy grande con muchos animales y algunas veces, esta señora le invitaba a su casa. La señora Felipa vivía sola pues no tenía marido y aunque tenía un hijo, éste, vivía muy lejos muy lejos, en un país al otro lado del mar. El corral de esta señora era muy parecido a una Granja. Tenía muchas gallinas y un gallo rojo que lo llamaba “pimentón”. También tenía conejos, un burro pequeñito al que llamaba Timoteo y una vaca lechera que atendía por el nombre de Catalina. Chucho acompañaba a la señora Felipa cuando ésta iba a ordeñar a Catalina. ¡¡ Qué divertido!! La leche salía de la teta de la vaca y su chorro golpeaba contra las paredes del cubo de metal que se iba llenando poco a poco. Después la señora Felipa hervía la leche en una cazuela y le servía un vaso a Chucho acompañado de un trozo de bizcocho, que ella misma había preparado.

¡Qué rico estaba!

Chucho quería mucho a la señora Felipa y un día le preguntó ¿Cuándo podré montar en el burro? Muy pronto, le contestó ella, cuando empieces a ir al colegio

Cuando Chucho cumplió seis años, comenzó a ir por primera vez al colegio.

En aquellos tiempos las niñas y los niños no iban a la escuela hasta que cumplían seis años. La escuela de Primaria estaba en el pueblo, bastante lejos de su casa, y cada mañana, Chucho se levantaba pronto, desayunaba y se iba al colegio acompañado por su madre, que lo dejaba en la puerta, para después irse ella a trabajar. Por la tarde, al terminar las clases, sus compañeros de cole, se quedaban jugando al fútbol en la plaza del pueblo, pero Chucho como vivía en el campo, tenía que marcharse nada más salir de la clase, pues tenía que andar un largo trecho y no podía quedarse porque si no, se le haría de noche por el camino.

Cada día, a la hora del recreo, los compañeros de Chucho, se ponían a jugar con una pelota y él quiso juntarse con ellos, pero un chico que se llamaba Rubén le dijo, ¡No! ¡¡Tú no juegas porque ya tenemos el equipo, que lo hicimos ayer por la tarde!! Pero es que yo ayer no estaba, porque me tuve que ir a mi casa, dijo Chucho. ¡¡Ah!! Se siente, le contestó Rubén. Al día siguiente otra vez lo mismo, Chucho preguntó ¿puedo jugar? Pero el otro le contestó, ¡No! **Pues, ¡¡yo quiero jugar!!** Replicó Chucho y el otro contestó, **“Habla Chucho, que no te escucho, habla Chucho que no te escucho”**. Esto puso muy triste al niño que se alejó de ellos y fue a sentarse a un banco del fondo a comerse su manzana.

Una noche después de cenar Chucho salió al patio de su casa. Estaba muy triste. Alguna lagrimilla rodaba por su cara. Estaba recordando a sus compañeros del colegio que no le dejaban jugar, seguramente porque vivía lejos y no se podía quedar por las tardes a jugar con ellos en la plaza.

De repente, oyó una voz en medio de la noche. ¿Por qué estas triste? ¿Quieres que juguemos? Chucho se levantó de la silla y miró a su alrededor. No veía a nadie. ¡¡Eh!! ¡¡ Eh!! Que soy la luna, ¿Quieres jugar conmigo? El niño miró para arriba y se echó a reír. La luna le estaba sonriendo y le volvió a decir ¿Quieres que juguemos? Pero cómo vamos a jugar, si tú estas ahí arriba y yo aquí abajo, le contestó el niño. Eso lo arreglamos, dijo la luna, ¿tú quieres jugar de verdad? ¡¡ Pues claro que sí!! Contestó Chucho. Mira, le dijo la luna, coge ese barreño que tienes ahí junto a la pared y lo pones en medio del patio y luego lo llenas de agua del grifo. Así lo hizo Chucho y cuando terminó miró a la luna. Ya podemos jugar juntos, ya estoy cerca de ti, mira en el barreño de agua. A Chucho se le pusieron los ojos como platos. ¡¡ Es verdad!! Allí estaba la luna reflejada en el agua del barreño. Ahora mete los brazos en el agua y prueba a ver si me coges. Así lo hizo Chucho pero según intentaba cogerla, la luna se escapaba de las manos y se movía por todo el barreño lo cual provocaba unas risas constantes. Chucho se partía de risa, pero la luna también se lo pasaba muy bien y reía al mismo tiempo. Así pasaron un largo rato hasta que la luna se despidió de Chucho. Adiós, nos vamos a dormir, otro día vengo y jugamos otra vez, le dijo la luna.

Al día siguiente, Chucho fue a ver a la señora Felipa, la que tenía tantos animales. Era sábado y no había colegio. La señora se puso muy contenta al ver al niño, le preparó la merienda y después le dijo, ¿Quieres echarles de comer a las gallinas? Claro que sí le respondió Chucho. Mira coge estas hojas de lechuga y se las echas en el suelo del gallinero. El niño así lo hizo, pero se quedó con una hoja en la mano. Las gallinas vinieron todas corriendo y empezaron a comer las hojas verdes de la lechuga. Chucho las miraba comer y se reía, pues comían muy deprisa y se picaban unas a otras para que no les quitaran su trozo de lechuga. Según las estaba mirando vinieron por detrás y de un picotazo le quitaron la hoja que tenía en la mano. Era el gallo rojo

“Pimentón” que también tenía hambre. Después de comerse la hoja de lechuga el gallo se puso a cantar quiquiriquí, quiquiriquí. Chucho se echó a reír y empezó a cantar como el gallo quiquiriquí, quiquiriquí. Mira, las gallinas al oír la voz de Chucho, dejaron de comer y levantando la cabeza se quedaron escuchando al niño, yo creo que no aplaudían porque las gallinas no tienen manos, pero parecían decir, ¡¡Qué bien canta Chucho!! Fijaos si cantaría bien, que los conejos que estaban repartidos por el corral, se juntaron todos alrededor del niño y Chucho se reía y seguía cantando, quiquiriquí, quiquiriquí. Hasta el burro “Timoteo” levantó las orejas y escuchó el quiquiriquí. La señora Felipa, que disfrutó mucho de lo bien que se lo pasaba el niño, le dio un beso y lo acompañó hasta la puerta. El próximo día que vengas, te dejaré montar en el burro. ¡¡Gracias!! Exclamó Chucho, dándole un abrazo a la señora.

¿Queréis saber cómo termina el cuento?

A la semana siguiente, cuando Chucho llegó al colegio, sus compañeros lo estaban esperando en la puerta. Hola Chucho, ¿Quieres que, cuando salgamos al recreo, juguemos todos juntos al fútbol?

¿De verdad? Preguntó Chucho, ¿Puedo jugar con vosotros? ¡Pues claro! ¡Queremos ser tus amigos!

La profesora, que los miraba desde la ventana de la clase, los saludó con la mano. Estaba muy contenta al ver juntos a los niños.

Por la tarde, cuando Chucho caminaba hacia su casa, iba dando saltos de alegría por el camino. Estaba muy contento recordando lo bien que lo había pasado jugando al fútbol con sus compañeros, también lo que disfrutó con los animales de la señora Felipa, pero sobre todo, sus risas cuando jugó con la luna.

FIN

Firmado - periquín